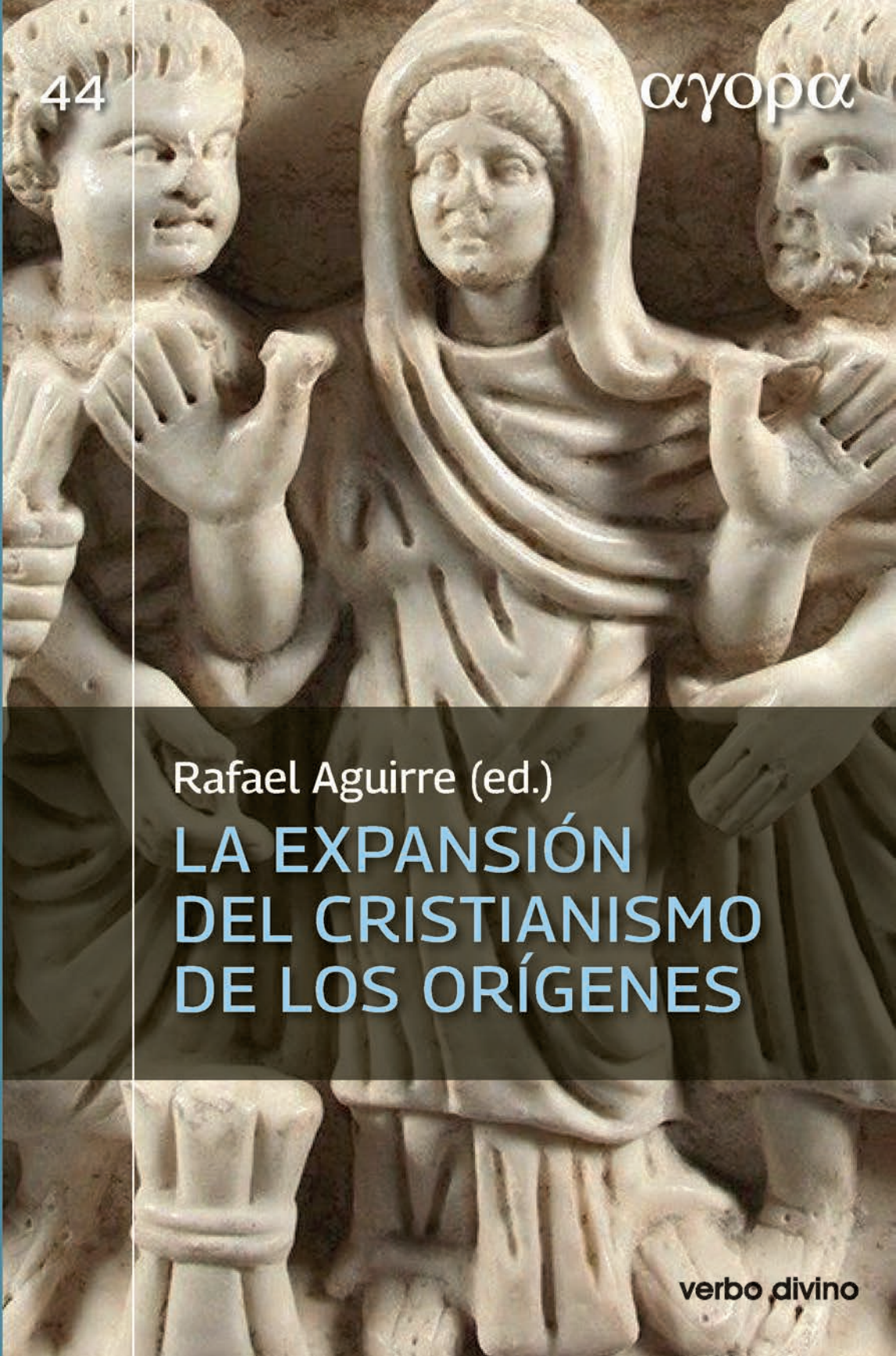
44 αγορα



Rafael Aguirre (ed.)

LA EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO DE LOS ORÍGENES

verbo divino

La expansión del cristianismo de los orígenes

Rafael Aguirre (ed.)

La expansión del cristianismo de los orígenes

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: Francesc Sala
Imagen de cubierta: fragmento del sarcófago de Marcia Romania Celsa, c. 330, Musée départemental Arles Antique.

© Rafael Aguirre Monasterio, Estela Aldave Medrano, David Álvarez Cineira, Carmen Bernabé Ubieta, Elisa Estévez López, Carlos Gil Arbiol, Santiago Guijarro Oporto, Sergio Rosell Nebreda y Alfonso Vives Cuesta, 2026
© Editorial Verbo Divino, 2026

Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)
Impreso en España – *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 1389-2026
ISBN: 978-84-1063-277-6
ISBN ebook: 978-84-1063-286-8

Cualquier forma de explotación de esta obra, en especial su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Esther Miquel
(† 11 de noviembre de 2022),
compañera muy querida,
libre y generosa.

En memoria agradecida
y esperanzada.

Índice

Autores 15

Prólogo 17

I. Reflexiones sobre la expansión del cristianismo de los orígenes 21
Rafael Aguirre Monasterio

1. La expansión del cristianismo de los orígenes 21
2. El crecimiento del cristianismo 27
3. El crecimiento del cristianismo según algunos estudiosos 30
4. La fuerza de la expansión en los orígenes del cristianismo 39

Bibliografía selecta 46

II. ¿Fue misionera la segunda generación? El retraso de la parusía, la transformación del *habitus* y la difusión del cristianismo 47
Santiago Guijarro Oporto

1. Introducción 47
2. El retraso de la venida del Señor 48
3. La transformación del *habitus* 53
4. Configurar la forma de vida cristiana 56

5. La tarea misionera de la segunda generación 64
6. Los frutos de la segunda generación 66
7. Conclusión 69
Bibliografía selecta 70

III. La memoria de la cruz y la asimilación al Imperio: adaptabilidad entre polos opuestos 71
Carlos Gil Arbiol

1. Razones de la expansión del naciente cristianismo 71
2. El caso de Éfeso en la segunda generación de creyentes en Cristo 74
3. Las referencias a la muerte de Jesús en la tradición paulina 78
4. Los rasgos de la asimilación en la tradición paulina 83
5. La muerte de Jesús y la asimilación en otras tradiciones efesinas 88
6. Conclusiones sobre la expansión del naciente cristianismo 91

Bibliografía selecta 94

IV. «En mi nombre expulsarán espíritus inmundos». Los exorcismos y las sanaciones como factor de difusión del cristianismo preconstantiniano 95
Carmen Bernabé Ubieta

1. Introducción 95
2. El humus cultural y el contexto sociopolítico en el que se difundió el cristianismo 98
3. Posesiones, exorcistas, exorcismos y su trasfondo sociopolítico 104
4. Las sanaciones y los exorcismos como motivo de difusión del cristianismo 109

5. Exorcismos y sanaciones: el anuncio del reinado como cercanía salvadora de Dios 111
6. Conclusión 119
Bibliografía selecta 119

V. La contribución de las redes sociales de mujeres a la expansión del cristianismo 121
Estela Aldave Medrano
1. La transmisión de una innovación religiosa a través de redes sociales 124
2. Las redes sociales de mujeres y la expansión del cristianismo 126
3. Mujeres en red que atraen a otros y a otras a la comunidad creyente 132
4. Conclusión 143
Bibliografía selecta 145

VI. Reconfiguración emocional, identidad y misión en 1 Pedro 147
Elisa Estévez López
1. Introducción 147
2. Modelo cognitivo de la emoción 148
3. La situación de los destinatarios: marginalidad social y conflictividad cotidiana 152
4. La misión como forma de vida: conducta visible, testimonio y credibilidad social en 1 Pedro 155
5. La piedra viva rechazada: cristología, reconfiguración emocional e identidad misionera (1 Pe 2,4-10) 158

6. Reconfiguración emocional, identidad y misión en 1 Pedro 162
7. Conclusión 168
Bibliografía selecta 169

VII. El poder de la imagen en la expansión del movimiento cristiano. El icónico Dios-hombre (Colosenses 1,15-20) 171
Sergio Rosell Nebreda

1. Introducción 171
2. El contexto de Asia Menor en los siglos I a.C-I d.C. Un mundo de imágenes 177
3. El cristianismo de los orígenes y el uso de las imágenes 190
4. El Hijo «imagen del Dios invisible»: señor de todo ... 191
5. Una poderosa imagen para una misión universal 195
6. Conclusiones 199
Bibliografía selecta 202

VIII. Movilidad e idioma: factores del crecimiento en las comunidades romanas 203
David Álvarez Cineira

1. Las teorías de la migración 205
2. Roma, *caput mundi* 207
3. Roma, centro de producción literaria de migrantes 210
4. El flujo de cristianos hacia Roma en el siglo I 211
5. El flujo de migrantes en las comunidades cristianas romanas del siglo II 215
6. El uso del griego entre los cristianos de la Urbe 222
7. Conclusión 224
Bibliografía selecta 227

IX. Las rutas de la seda, los caminos de la cruz: orígenes del cristianismo en la India y redes transcontinentales 229
Alfonso Vives Cuesta

1. Introducción 229
2. El Mediterráneo y el Índico: infraestructuras de un mundo conectado 231
3. La tradición apostólica de Tomás 236
4. Las fuentes para el período anterior al 300 d.C. 238
5. Evidencias materiales para el período anterior al 300 d.C. 240
6. Redes transcontinentales: un modelo analítico para los siglos I-III d.C. 240
7. Conclusiones 250

Bibliografía selecta 251

Autores

Rafael Aguirre Monasterio
Universidad de Deusto (Bilbao)

Estela Aldave Medrano
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón (Zaragoza)
y Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz

David Álvarez Cineira
Estudio Teológico Agustiniano (Valladolid)

Carmen Bernabé Ubieta
Universidad de Deusto (Bilbao)

Elisa Estévez López
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

Carlos Gil Arbiol
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

Santiago Guijarro Oporto
Pontificio Instituto Bíblico (Roma)

Sergio Rosell Nebreda
Saint Louis University y Facultad de Teología SEUT (Madrid)

Alfonso Vives Cuesta
Instituto Bíblico y Oriental. Universidad de Valladolid

Prólogo

La relativamente rápida expansión del cristianismo de los inicios plantea serias incógnitas, complejos problemas y serias interpelaciones. Hablamos, obviamente, de un estudio crítico e interdisciplinar del tema, que no tiene nada que ver con el recurso a factores sobrenaturales ni con intenciones apologéticas de ningún tipo. ¿Cómo se explica que lo que empezó como un pequeño movimiento marginal de renovación intrajudía y del sistema imperial romano, y que históricamente pareció acabar con un rotundo fracaso —con el ajusticiamiento en la cruz de su líder— en relativamente pocos años se convirtiese en la religión oficial del Imperio?

Este libro continúa y desarrolla la investigación de los orígenes del cristianismo que llevamos adelante desde hace años. Comenzamos con un primer libro en que presentamos el proceso plural del cristianismo de los orígenes[1]. En el segundo nos remontamos a una visión de conjunto para mostrar las cuatro dimensiones sucesivas que, en medio de tanta diversidad, se pueden descubrir en la línea cristiana que se convirtió en hegemónica: la experiencia; los ritos que hacen memoria y actualizan esa experiencia; las formas de vida; las doctrinas que se van compartiendo[2]. El tercer libro utiliza la categoría de *marginalidad* para caracterizar el lugar social del movimiento de Jesús y de las tradiciones más importantes de sus segui-

[1] *Así empezó el cristianismo* (Estella: Verbo Divino, 2010).

[2] *Así vivían los primeros cristianos* (Estella: Verbo Divino, 2017).

dores, lo que contribuye a explicar la novedad y radicalidad de su función social[3].

Ahora damos un paso más y estudiamos la expansión del cristianismo de los inicios. No pretendemos abarcar un campo de enorme amplitud, que exige tener en cuenta la diversidad de lugares y de tiempos, cada uno con características propias. No presentamos un cuadro histórico completo, ni formulamos una teoría general sobre la extensión del cristianismo, pero nos gustaría no repetir simplemente lo muchas veces ya dicho. Pensamos que hay aspectos que o no han sido tenidos en cuenta o no se han valorado suficientemente, como los propios de una religión popular, el recurso a imágenes, a las emociones, la función social de los exorcismos y de las redes sociales, la tensión entre adaptación y crítica a la sociedad en el seno de una misma tradición, la naturaleza irreductiblemente difusiva de unas esperanzas histórica y violentamente aplastadas.

Una de las aportaciones novedosas de este libro es el capítulo dedicado a la difusión del cristianismo por el Oriente, concretamente hasta la India, siguiendo las rutas transcontinentales, de modo que para la segunda generación se vislumbran ya las posibilidades y la vocación difusiva y universalista de la fe cristiana. En los numerosos trabajos actuales sobre los orígenes del cristianismo se habla de su expansión primera, pero limitándose generalmente a las fronteras del Imperio romano. Probablemente tiene mucha razón Alfonso Vives cuando en su valiosa colaboración habla de «la historiografía mediterráneocéntrica».

Este mismo prólogo pone de manifiesto que este libro es obra de «el equipo de investigación sobre los orígenes del cristianismo»[4], que

[3] *De Jerusalén a Roma. La marginalidad del cristianismo de los orígenes* (Estella: Verbo Divino, 2021).

[4] Formamos el equipo estudiosos de diversas procedencias geográficas y con vinculaciones a distintas entidades académicas. Además de los libros mencionados, tenemos otras publicaciones en las que han participado todos o algunos de los miembros del equipo. También impartimos anualmente un curso de verano sobre los orígenes del cristianismo. Como equipo hemos impartido cursos presenciales en Bogotá y en Roma, y *online* en México. A nuestro equipo le caracteriza una cierta afinidad metodológica y una forma de entender las relaciones de un grupo

llevamos trabajando conjuntamente más de veinte años. Procuramos que este libro, como los anteriormente mencionados, no sea la mera recopilación de trabajos individuales, sino que vengan precedidos de diálogos y discusiones en el equipo y que, en lo posible, se establezcan relaciones entre ellos. Es verdad que, a medida que la investigación avanza y las especializaciones personales se profundizan, aumenta el pluralismo del tema de estudio y, quizá, es más difícil que el lector perciba la tarea grupal que subyace.

Un par de observaciones rápidas para acabar este prólogo. La difusión del cristianismo de los inicios no respondió a una estrategia planificada ni estuvo dirigida por una autoridad central reconocida. La expansión se realizó de formas muy plurales. Esta diversidad, que implica una notable capacidad de aceptación de las diferencias y de las formas de abordar las relaciones con la sociedad, acrecentaba las posibilidades de penetración social de los primeros seguidores de Jesús. En este libro, por ejemplo, no se recogen las diversas imágenes retóricas utilizadas en el primer anuncio para atraer con premios y también con terribles amenazas, que a falta de coacciones físicas no dejaban de ser formas de violencia espiritual. Lo insinuamos simplemente porque no quisiéramos que del conjunto del libro se siguiese una imagen excesivamente idealizada de las formas primeras de extensión. Y porque todo hay que tenerlo en cuenta para entender la historia posterior del cristianismo.

Por último, la pluralidad y flexibilidad que encontramos en la expansión del cristianismo de los inicios nos confirma lo que encontrábamos en el proceso formativo que estudiamos en nuestro primer libro: fue un proceso que involucró a grupos muy diversos de seguidores de Jesús, en el que ciertamente hubo descartes, pero que se caracterizó, ante todo, por una apertura y flexibilidad muy amplias. Fue, en sus inicios, un proceso en el que las formulaciones doctrinales y las formas organizativas tenían un papel secundario respecto a la experiencia de aceptar el horizonte vital abierto por la resurrección de Jesucristo.

de investigación bíblica que se diferencia de la vigente en los esquemas de la academia universitaria. Tenemos una página web: origenesdelcristianismo.com.

I

Reflexiones sobre la expansión del cristianismo de los orígenes

Rafael Aguirre Monasterio

1. La expansión del cristianismo de los orígenes

¿Cómo es posible que lo que comenzó como un pequeño movimiento intrajudío de renovación en torno a la persona de Jesús de Nazaret en la Palestina del siglo I se difundiese como una red amplia y plural de grupos y tradiciones para finales del siglo II y llegase a convertirse en la religión del Imperio a principios del siglo IV?

La tradición dio explicaciones idealizadas desde muy pronto. En los Hechos de los Apóstoles se presenta un crecimiento espectacular y rápido de la comunidad de Jerusalén. Las cifras son claramente exageradas. En 1,13-14 se dice que el grupo de seguidores de Jesús, después de la resurrección, estaba compuesto por los once apóstoles, algunas mujeres, la madre de Jesús y sus hermanos. Pero en el versículo siguiente (1,15) el grupo es ya de ciento veinte; en 2,41 «se les unieron unas tres mil personas»; en 4,5 contando solo los hombres «creyeron unos cinco mil»; en 5,14 no da cifras, solo dice «cada vez en mayor número se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres»; una expresión similar se repite en 6,7, pero añade «también una gran multitud de sacerdotes iba aceptando la fe».

Las cifras que hemos visto no tienen propiamente valor histórico, pero sí tiene especial interés notar lo que motiva la incorporación a la comunidad de discípulos de Jesús. Se da la conversión como respuesta a la *predicación* de los apóstoles y se habla del crecimiento de

la Palabra (2,41; 4,4; 6,7; 12,24). Otras veces lo que atrae son los *signos y prodigio*s (5,12.14.16). En una ocasión es *la forma de vida* de la comunidad lo que atrae al pueblo de modo que hay quienes se iban agregando al grupo (5,14). Estos tres elementos (la predicación, los signos, el testimonio de vida) van a ser importantes en la expansión del cristianismo de los inicios.

En la literatura cristiana primitiva se da la típica visión mítica de los orígenes cuando se afirma que los apóstoles, después de Pentecostés, siguiendo el mandato de Jesús, se dispersaron por todas las regiones del mundo para llevar el mensaje de salvación. Los *Hechos de Tomás* comienzan así:

> Por aquella época, estábamos todos los apóstoles en Jerusalén —Simón el llamado Pedro, Andrés su hermano, Santiago el hijo de Zebedeo, Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano, Santiago hijo de Alfeo, Simón el cananeo y Judas hijo de Santiago— y nos repartimos las regiones del mundo, de modo que cada uno de nosotros marchara a la región que le había correspondido y hacia el pueblo hacia el que el Señor le enviaba[1].

Tertuliano, aún en el siglo III, afirmaba que el Evangelio había sido predicado en todos los países y naciones, lo cual no implicaba que todos lo hubiesen aceptado (*Adversus Marcionem* 5, 19, 1-2). Como en otros temas, el estudio crítico de los orígenes del cristianismo nos hace ver que las cosas no fueron así. La expansión fue un rasgo peculiar del cristianismo de los orígenes, se realizó de diversas formas y en función de distintos factores y fue relativamente rápida.

El gran problema de la primera generación del movimiento de Jesús fue la superación de los límites tradicionales del pueblo judío y la posibilidad de abrirse a los gentiles y en qué condiciones hacerlo. Esta cuestión fue más importante y consumió más energías que otras que teóricamente y «a priori» podían parecer de mayor repercusión, como las relacionadas con la cristología, por ejemplo. Lo que es incuestionable es que los grupos que convergieron en el cris-

[1] *Hechos de Tomás* 1, 1-3; Justino, *Apología* 39; Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica* III, 1; Ireneo, *Ad. Haer.* 1, 1.

tianismo protoortodoxo, en medio de su pluralidad, coincidían en la apertura a los gentiles, en su adaptación a la sociedad como expresión de su apertura a gentes diversas, en no practicar una disciplina del arcano como algunas religiones orientales y, sobre todo, tenían la voluntad de dar a conocer el Evangelio de Jesucristo y de conseguir adeptos a esta fe. Esta fe implicaba un estilo de vida que podía resultar atrayente y conllevaba un testimonio. Es decir, los grupos cristianos, que confluyeron en la protoortodoxia, no eran sectas cerradas en sí mismas, sino que tenían una clara voluntad de apertura y expansión.

Atender a la terminología que se usa en este tema es ya significativo. En el mundo intraeclesial hoy es corriente hablar de «la dimensión misionera» del cristianismo, pero en ambientes seculares que un movimiento social tenga pretensiones misioneras suscita, por lo menos, recelo y prevención, porque se identifica con proselitismo y supremacismo[2]. Etimológicamente *misión* significa «envío» y da a entender que hay quienes tienen como tarea propia y dedicación exclusiva la de extender la fe donde no se conoce. Hubo en los orígenes, en la primera generación (30-70 d.C.), «misioneros» (*mitto*, enviar) o «apóstoles» (*apostelô,* enviar) que se trasladaban o eran itinerantes. Pero este ministerio no duró mucho y la expansión continuó realizándose por otros medios[3]. Los artículos de Santiago Guijarro y de Estela Aldave tratan expresamente esta cuestión, que es clave para comprender la naturaleza del cristianismo de los inicios. Los siglos XVI-XVII fueron «la época de los descubrimientos» y supuso un extraordinario auge misionero. Es el momento en que se introdujo en el mundo cristiano «las misiones» como término técni-

[2] Donald Senior y Carroll Stuhlmueller, *Biblia y misión* (Estella: Verbo Divino, 1985), 14, afirman que «la actividad misionera de la Iglesia atravesó una profunda crisis a mediados del siglo XX... El problema sería quizás las connotaciones que el término "misión" conlleva».

[3] Ramón Trevijano, «Factores, oportunidades e incentivos para la misión en la iglesia prenicena», *Salmanticensis* 47 (2000) 393-432. MacMullen, con todo su gran prestigio como historiador, afirma: «Después de san Pablo, la Iglesia no tuvo misión», *Christianizing the Roman Empire. A.D. 100-400* (New Haven-Londres: Yale University Press, 1984), 34.

co[4]. Posteriormente este término estuvo muy en boga en la época de los imperialismos europeos del siglo XIX y primera mitad del XX, que conoció también un auge importante en las iglesias cristianas de organizaciones misioneras[5]. Es plenamente correcto recuperar el uso bíblico de *misión* y de *envío,* pero, para dar razón del fenómeno desde el punto de vista histórico, hay que hablar también de expansión, difusión, de capacidad de integración y de atracción, de adaptación y testimonio del cristianismo de los orígenes[6].

El crecimiento o expansión del cristianismo de los orígenes es una realidad incontrovertible, que no respondió a ninguna estrategia planificada ni se realizó a partir de una autoridad central. Es un fenómeno que se dio de formas diversas en distintas tradiciones cristianas. Para su explicación hay que tener muy en cuenta diversos factores sociales que la hicieron posible, ante todo las condiciones que ofrecía el Imperio romano. Pero, además de los factores sociales, hay que contar con la fuerza de expansión del propio movimiento de Jesús, de la que hablaremos al final de este capítulo.

También debemos subrayar que nuestro trabajo versa sobre *la expansión del cristianismo de los orígenes.* Es decir, se acota a las cuatro primeras generaciones (desde el año 30 hasta finales del siglo II). Nos movemos en el marco temporal del Nuevo Testamento, aunque no nos limitamos solo a los textos canónicos. Es claro que fue un momento clave, en el que se adoptaron opciones decisivas y, por eso mismo, nuestro estudio está pidiendo ser continuado con el estudio de lo que sucedió en las etapas inmediatamente sucesivas. No es

[4] Eloy Bueno, *La Iglesia en la encrucijada de la misión* (Estella: Verbo Divino, 1999), 11-20, explica cómo se introdujo este término en el siglo XVI y su uso creciente en la vida religiosa y en organismos eclesiásticos.

[5] No es cuestión de hacer aquí un examen crítico de este auge misionero con sus luces y sombras. En mi opinión, y dicho de forma muy esquemática, en la actualidad y a impulsos del Vaticano II, la teología de las misiones ha experimentado un cambio radical y la labor misionera se va despojando de toda prepotencia cultural y teológica. La labor de los misioneros es, en general, encomiable y, no pocas veces, heroica.

[6] Eckhard J. Schnabel, *Early Christian Mission,* 2 vols., vol. I: *Jesus and the Twelve,* vol. II: *Paul and the Early Church* (Downer Grove: InterVarsity Press, 2004).

ahora el momento de discutir hermenéuticamente la afirmación filosófica de «que la verdad [de una obra, de un acontecimiento, de un movimiento social] está en el futuro». En todo caso, los neotestamentarios tienen que relacionarse con los patrólogos, con los sociólogos y con los historiadores de diversos ámbitos. El estudio del cristianismo de los orígenes pide ser continuado con el del cristianismo primitivo. En el caso de la expansión el estudio del Nuevo Testamento requiere seguir los acontecimientos en el tiempo posterior, por lo menos hasta el concilio de Nicea (325), que es una meta de llegada en la historia del cristianismo. Puede parecer excesivamente provocador, pero es pertinente preguntar ¿cómo un movimiento que surgió con una orientación «contraimperial» no solo se convirtió en la ideología legitimadora de un Imperio, sino que, en buena medida, formuló su identidad con categorías imperiales? ¿No resultó que términos utilizados originariamente con una intención política antiimperial —como reino de Dios, Mesías, Hijo de Dios— fueron después reutilizados por el cristianismo constantiniano triunfante para legitimar el imperio cristiano?

En realidad, si hablamos de la expansión del cristianismo de los orígenes es porque conocemos su historia posterior y por ella conocemos que tal expansión se dio. Esto plantea un problema no menor, el de la relación entre el pasado y el presente desde el que nosotros inevitablemente lo vemos y estudiamos. Esto cuestiona los estudios de los orígenes cristianos y muy especialmente los de su extensión. Un historiador del siglo I podía constatar que la secta de los cristianos crecía. A Plinio, a inicios del siglo II, le preocupaba este crecimiento de los seguidores de Jesús en su región de Bitinia, de la que era gobernador, y le consulta al emperador Trajano cómo debe actuar. Pero un historiador de la actualidad se plantea la cuestión del crecimiento del cristianismo de una forma muy diferente. Esto lo ve Mauro Pesce, que critica a quienes sobre el cristianismo de los orígenes hacen «storia al ritrorso». Es decir, desde el presente del cristianismo estudian sus orígenes. Afirma:

> Considerar el movimiento de Jesús o las comunidades paulinas (u otras de seguidores de Jesús del siglo I) como un *inicio* que se desarrollará lentamente y más tarde, como una fase «inicial», prejuzga radi-

> calmente la respuesta porque presupone la *continuidad* entre el cristianismo de los siglos IV-VI con las formas religiosas que se consideran su *inicio*[7].

No le falta razón a Pesce cuando afirma que este es un planteamiento anacrónico y apologético que se da especialmente entre los católicos[8]. Marida Nicolacci cita a Pesce: «lo que viene después no explica lo que está antes» y continúa:

> Ningún autor del Nuevo Testamento hubiese podido saber que con el movimiento mesiánico de los creyentes en Jesús iba a nacer una nueva religión con una historia paralela y antagónica a la hebrea[9].

Nos alertan sobre un peligro que es muy real. Podríamos poner muchos ejemplos, sobre todo extraídos de los manuales de eclesiología fundamental vigentes en la Iglesia católica durante siglos, en los que se estudiaban los orígenes con la preocupación de justificar, de forma históricamente lineal, unas determinadas configuraciones del episcopado, del papado y de algunos ritos. Resultaba una visión sacralizada, inflexible e inmodificable de la estructura eclesiástica.

El estudio histórico de los orígenes del cristianismo, realizado de forma crítica y rigurosa, no busca legitimar el presente, pero sí contribuye a explicarlo, a criticarlo y a sacar a la luz posibilidades alternativas, quizá olvidadas o nunca exploradas. Nosotros estudiamos los inicios del cristianismo para descubrir los factores y razones de *su expansión primera*. Estudiar la expansión original puede llevar a valoraciones críticas de la gran eclosión misionera que acompañó a la era del colonialismo decimonónico europeo; pero también puede llevar, como ya se ha señalado, a estimular al «cristianismo burgués» —que no difunde nada alternativo al *statu quo*— y a orientar a las comunidades emergentes que tienen que dar con sus propias formas de vivir y transmitir una fe con vocación universalista.

[7] Mauro Pesce, *Da Gesù al cristianesimo* (Brescia: Morcelliana, 2011), 140.

[8] Pesce, *Da Gesù al cristianesimo*, 142.

[9] Marida Nicolacci, «Una storia condivisa da ripercorrere», en *Oltre la «separazione delle vie»: Nuovi modelli interpretative delle origini cristiane,* ed. por Marida Nicolacci (Trapani: Cortile San Teodoro, 2024), 13.

2. El crecimiento del cristianismo

Antes de estudiar diversos aspectos de la rápida difusión del cristianismo —un hecho sobre el que existe un acuerdo muy amplio— conviene presentar su crecimiento numérico. Como es todavía habitual en los estudios del cristianismo de los orígenes, nos circunscribimos al espacio del Imperio romano, aunque sería necesario abarcar un espacio más amplio. Es claro que entramos en un campo muy hipotético, aunque interesante e instructivo. También en este punto hubo muy pronto visiones muy idealizadas. Así se expresaba Tertuliano al inicio del siglo III:

> Somos de ayer y ya llenamos el orbe y todo lo vuestro: las ciudades, las islas, las alturas, los municipios, los conciliábulos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, la corte, el senado, el foro. ¡Os hemos dejado a vosotros solamente los templos!... Si tantos como somos nos apartáramos de vosotros yéndonos a cualquier rincón remoto del orbe, la pérdida de tantos ciudadanos, cualesquiera que sean, sofocaría ciertamente vuestra dominación; más aún os castigaría con el mismo abandono. Os espantaríais de vuestra soledad, del silencio de las cosas y de un cierto estupor como de orbe muerto[10].

Debemos a Harnack un estudio minucioso del crecimiento del cristianismo por las diversas regiones del Imperio[11]. Es un trabajo ingente e importante, que habría que actualizar, pero nuestro propósito se sitúa en un plano mucho más modesto.

En este punto el trabajo de R. Stark[12] se ha convertido en punto de referencia de los estudios actuales, porque como sociólogo de la religión ha introducido el cálculo del crecimiento del cristianismo por tasas decenales. Parte de que el número de cristianos al inicio del

[10] Tertuliano, *Apologético* 37.

[11] Adolf Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten* (Leipzig: J. C. Hinrichs'sche Buchhandlung, 1924). A esta tarea dedica todo el segundo volumen de la obra.

[12] Rodney Stark, *The Rise of Christianity. A Sociologist Reconsiders History* (Princenton: Princenton University Press, 1996). Hay dos traducciones al español: *El auge del cristianismo* (Santiago de Chile: Andre Bello, 2001); *La expansión del cristianismo* (Madrid: Trotta, 2025).

siglo IV estaba entre cinco y siete millones y medio. A partir de esta cifra calcula la tasa de crecimiento para alcanzarla en el plazo de 260 años (a partir del año 40). La cifra más plausible es de un crecimiento del 40 % por década. Considera que es una cifra muy razonable teniendo en cuenta (de forma fundamental, pero no exclusiva) el crecimiento de la Iglesia *Moon* en Estados Unidos. El crecimiento es lento al principio, pero después se acelera mientras la tasa del 40 % se mantiene, y es espectacular entre el 250 y el 300, como también constatan los historiadores.

No se puede pensar que el crecimiento fuese uniforme e igual en todos los lugares; hay que contar con altibajos temporales, pero en esto no entra Stark. Es un sociólogo y su visión es macroscópica. Se limita a observar que el crecimiento sería mayor en la parte oriental del Imperio y en Roma por la capacidad de atracción de la capital. El cristianismo arraigó y creció especialmente en las ciudades, donde llegan antes las novedades y donde las redes sociales son más intensas.

Reproducimos la tabla de Stark[13] sobre el crecimiento del cristianismo proyectado a una tasa de 40 % por década con una población de unos sesenta millones de habitantes en el Imperio:

Año	*Número de cristianos*	*Porcentaje de la población*
40	1000	0,0017
50	1400	0,0023
100	7530	0,0126
150	40496	0,07
200	217795	0,36
250	1171356	1,9
300	6299832	10,5
350	33882008	56,5

[13] En la traducción al español de 2001, p. 21.

Las cifras de Stark han encontrado amplia aceptación[14], pero también se le ha criticado, sobre todo porque presenta un crecimiento exageradamente elevado. Gibbon afirmaba que en el momento de la conversión de Constantino los cristianos eran «una vigésima parte de los súbditos del Imperio». Este cálculo no es aceptado por demasiado bajo.

B. D. Ehrman toma en consideración el estudio de Stark, reduce algo la tasa de crecimiento por década y, por tanto, rebaja las cifras de los cristianos. Su tabla es la siguiente[15]:

Año	*Número de cristianos*
60	1000 – 1500
100	7000 – 10000
150	30000 – 40000
200	140000 – 160000
250	600000 – 700000
300	2500000 – 3500000
312	3500000 – 4000000
400	25000000 – 35000000

Stark y Ehrman presentan cifras diferentes, pero coinciden en que la victoria del cristianismo no se explica por la conversión de Constantino, aunque sí conllevó la conversión al cristianismo de gentes de la élite y otras ventajas como la edificación de iglesias.

Harnack consideraba que no era posible determinar cifras medias sobre el porcentaje de cristianos en la parte oriental y occidental del Imperio. Y si se pudiesen determinar no tendrían valor porque las di-

[14] Trevijano acepta las cifras de Stark y añade, refiriéndose al siglo IV, que «las tasas de crecimiento disminuyen cuando un movimiento ha conquistado ya una proporción sustancial de la población disponible», «Factores, oportunidades e incentivos», 398.

[15] Bart D. Ehrman, *Il trionfo del cristianesimo. Come una religione proibita ha conquistato il mondo* (Roma: Carocci, 2024), 158.

ferencias entre los diversos lugares eran muy notables. Por eso piensa que lo importante era precisar la situación de los diversos lugares, que es el trabajo que él ha realizado en la magna obra que hemos citado.

Ehrman termina su tratamiento del crecimiento del cristianismo afirmando que «el emperador concedió una serie de beneficios a una religión que excluía a sus fieles de participar en los cultos diferentes a los suyos»[16]. En lo que hay un acuerdo amplio es en que el exclusivismo del Dios cristiano, con su posible doble función de intolerancia ante otras religiones y de liberación ante otros poderes, está en la raíz de la rápida extensión del cristianismo.

3. El crecimiento del cristianismo según algunos estudiosos[17]

Hay tres autores que han dado una interpretación completa del crecimiento del cristianismo de los orígenes, con metodologías diferentes, y que se han convertido en las referencias imprescindibles en el estudio de esta cuestión. Los vamos a presentar y después haremos algunas breves referencias a otros planteamientos.

Edward Gibbon, *The Decline and Fall of The Roman Empire,* Londres: Strahan & Cadell, 1776-1788[18]

Esta obra se publicó en 6 volúmenes de 1776 a 1788. Destaca por la amplitud del tiempo que estudia (abarca hasta la caída del Imperio Bizantino) y marca un hito en el tema que nos ocupa, y sigue de permanente actualidad. Gibbon sostiene que no se puede hablar de la

[16] Ehrman, *Il trionfo del cristianesimo*, 163.

[17] Jan N. Bremmer, *The Rise of Christianity through the eyes of Gibbon, Harnack and Rodney Stark* (Groninga: Barkhuis, 2010).

[18] Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano.* Edición abreviada de Dero A. Sanders (Barcelona: Alba, 2000), 214s. La primera traducción al español la realizó en 1842, en 6 volúmenes, la editorial Milman. En 1984 la volvió a editar Turner en 4 volúmenes. La editorial Atalanta hizo una nueva traducción que se publicó en 2011-2012.

decadencia del Imperio romano sin abordar el tema del cristianismo, lo que hace en los capítulos XV y XVI, que fueron muy polémicos en su tiempo y siguen muy vigentes en los debates actuales. En ellos trata de las razones de la extensión del cristianismo. Contra lo que a veces se dice, Gibbon no es ni un agnóstico ni un incrédulo, sino el típico deísta de la Ilustración.

a) *El celo exclusivista de los cristianos*

En el Imperio coexistían armoniosamente las supersticiones de los diversos pueblos. La excepción eran los judíos, que «encubrían apenas su aborrecimiento implacable a los demás hombres» (XV, 52). Siguiendo su política habitual, los romanos toleraban esta superstición que detestaban.

El cristianismo hereda el celo exclusivista judío, pero con dos ingredientes nuevos: el fervor proselitista, que no tenían los judíos, y la liberación de las normas más opresoras. Así el rito de sangre (la circuncisión) era sustituido por el rito de agua (el bautismo); las leyes ceremoniales y los sacrificios del templo quedaban abolidos.

El deber más sagrado del converso consistía en difundir la fe que había recibido y advertir de los terribles castigos que esperaban a quien no la aceptase. Los cristianos consideraban que los otros cultos eran idolátricos, representaban el imperio del demonio y esto estimulaba el celo para combatirlos.

b) *La doctrina de la vida venidera*

En Israel esta doctrina era defendida por los fariseos, influenciados por doctrinas orientales. Los cristianos dieron un paso más porque esperaban la segunda y gloriosa venida del Hijo del hombre y el establecimiento del Milenio con terribles amenazas para los no cristianos.

c) *Los poderes milagrosos atribuidos a la Iglesia primitiva*

«Los poderes sobrenaturales que aún en vida se atribuían a los cristianos fueron muy en provecho suyo y [...] para el convencimiento de los

infieles» (67). Enumera Gibbon el don de lenguas y de profecía, el poder de arrojar demonios y de sanar enfermos y resucitar difuntos.

d) *La moral pura y austera de los cristianos*

Gibbon describe con vivos colores la reforma de las costumbres que introdujo en el mundo la predicación del Evangelio. Se fija en las causas de que la vida de los cristianos primitivos fuera más pura y austera que la de sus contemporáneos paganos.

Cuando los cristianos de Bitinia fueron conducidos ante el tribunal de Plinio el Joven, aseguraron al procónsul que, lejos de estar comprometidos en ninguna conspiración ilícita, los unía la solemne obligación de abstenerse de cometer aquellos crímenes que alteraban la paz privada o pública de la sociedad: hurtar, robar, cometer adulterio, perjurio y fraude.

Los cristianos no confesaban las verdaderas razones por las que se mantenían ajenos a la administración pública y al ejército (actitudes que atraían el desprecio y reproche de los paganos); y es que pensaban que la guerra, el Imperio romano y el mundo entero iban pronto a dejar de existir.

e) *La unidad y disciplina de los cristianos*

Los cristianos pronto tuvieron que organizar la Iglesia y se dotaron de una organización eficaz, con capacidad de superar los conflictos internos y de promover la extensión y la integración de nuevas gentes.

En un capítulo posterior estudia las persecuciones y concluye que los historiadores cristianos han exagerado el número de los mártires. La investigación actual da la razón a Gibbon, que hace una afirmación que nos lleva a lo fundamental de su pensamiento:

> Los escritores eclesiásticos del cuarto y quinto siglo achacaban a los magistrados de Roma el mismo grado de fervor implacable que rebosaba en su propio pecho contra los herejes e idólatras de su propio tiempo (148).

Gibbon ha ejercido y sigue ejerciendo una enorme influencia. Sus argumentos principales se siguen repitiendo por muchos autores

posteriores. Es el punto de referencia de la teoría de que los bárbaros y el cristianismo acabaron con el Imperio romano y dieron paso a «la edad de la penumbra», a la Edad Media[19]. El exclusivismo del Dios cristiano crea una vinculación muy fuerte entre sus creyentes y para algunos resultaba una intolerancia desagradable, pero para otros era atrayente por las actitudes que promovía.

Gibbon habla del cristianismo primitivo, no propiamente de sus orígenes. No habla ni de Jesús ni de los apóstoles y Pablo no aparece en el índice original de Gibbon. Pero los efectos primeros de un movimiento nos plantean las posibilidades que se encontraban ya en la irrupción inicial.

Adolf Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten,* Leipzig 1924

Es una obra de ingente sabiduría y asombra la cantidad de datos que proporciona con los medios de la época. La primera edición es de 1902, pero pronto se hicieron ediciones sucesivas con adiciones y mejoras. La edición de 1902 tenía 561 páginas, y la cuarta de 1924, que suele ser la más citada, aumentó hasta las 1000 páginas exactas (más mapas). La obra se ha traducido a diversos idiomas y estas traducciones suelen aligerar el texto omitiendo datos que se consideran superados por los estudios más actuales.

Harnack es el gran representante del protestantismo liberal, que da una visión sencilla del cristianismo: Dios creador; Jesús salvador; perdón de los pecados por el bautismo; la resurrección; una vida moderada y sobria. El cristianismo recoge los elementos positivos del paganismo y todo lo que aportaba el judaísmo, que considera así

[19] Por ejemplo, el libro de Catherine Nixey *La edad de la penumbra. Cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico* (Madrid: Taurus, 2018) es profundamente deudor de la obra de Gibbon. En la otra orilla, Rodney Stark, en su libro *Falso testimonio*. *Denuncia de siglos de historia anticatólica* (Santander: Sal Terrae, 2017), combate reiteradamente las opiniones de Gibbon.

superado. Este último punto plantea problemas especialmente vidriosos por la lectura que de Harnack ha hecho una exégesis alemana con una proyección política antijudía de nefastas consecuencias.

Presenta cuatro causas de la expansión del cristianismo de carácter histórico, aunque con consecuencias teológicas.

1. La religión cristiana con su Iglesia es la realización perfecta de la religión judía y también su antítesis. Como acaba de ser dicho, esta visión del judaísmo ha tenido repercusiones exegéticas y políticas, y es duramente criticada. La tendencia dominante en la exégesis actual acentúa la continuidad entre el cristianismo y el judaísmo o la inseparabilidad entre ambos. Es un tema intelectualmente importante, pero que suscita emociones, tiene repercusiones políticas en el presente, forma parte de la agenda de trabajo de muchos exégetas y condiciona la vida de las asociaciones bíblicas internacionales supuestamente más científicas.

2. La religión cristiana con su Iglesia no es solo la superación del sincretismo griego-oriental y del politeísmo con su sistema sacrificial, sino también de la filosofía de la religión pagana, con la que competía ventajosamente, a diferencia de otras religiones.

3. La religión cristiana con su Iglesia es el gran movimiento moral que culmina, democratiza y populariza el trabajo ético del paganismo y del judaísmo. Reconoce al Estado, pero se coloca por encima éticamente como una teocracia episcopal.

4. La religión cristiana con su Iglesia es la realización histórica de la revelación de Dios. Los cristianos constituyen una comunidad fraterna, que está por encima de todos los pueblos y estados. Esta comunidad puede incluso oponerse al Estado.

A lo largo del libro va desarrollando estas cuatro tesis y presenta numerosísimos datos. Nota la importancia de los milagros (sobre los que no esconde su escepticismo), entre los que incluye los exorcismos. Más importancia tuvo el comportamiento de los cristianos. Subraya la importancia de las mujeres. Es un historiador atento a todos los factores y da importancia al uso de códices por los cristianos, fáciles de transportar, lo que da al libro y a la formación un papel importante en la Iglesia cristiana.

Rodney Stark,
The Rise of Christianity. A Sociologist Reconsiders History,
Princeton: Princeton University Press, 1996[20]

Es la obra de un sociólogo, que desde su especialidad, con recurso frecuente a estimaciones cuantitativas, da una explicación del auge del cristianismo. Es un libro pionero, de lectura amena y con planteamientos que resultaron muy sugerentes en el mundo exegético. Se le ha criticado, sobre todo porque puede incurrir en cierto anacronismo, además de la prevención en algunos medios exegéticos contra los aportes de la sociología. Pero ha ejercido una influencia importante en el mundo bíblico. Presenta diversos factores que influyeron, desde las epidemias y el estilo de vida en las ciudades hasta los mártires y el papel de las mujeres. Se basa en datos históricos que interpreta sociológicamente. Pero probablemente lo más interesante es que muestra que un movimiento como el cristiano no crece a base de predicaciones a multitudes y de conversiones masivas, sino a través de *redes sociales que permiten establecer relaciones personales* a través de las cuales se extiende el mensaje y la forma de vida, y sirven de estructuras de apoyo, que se van extendiendo y ramificando. Stark parte de la observación de la implantación de la iglesia Moon en Oregón y, por eso, se le achaca un cierto anacronismo. Pero su aplicación de la teoría de las redes sociales al estudio de los orígenes del cristianismo se ha ido extendiendo y tiene una notable aceptación.

Mencionamos algunos autores entre los muchos que han trabajado sobre este tema. Arthur D. Nock escribió su obra *Conversion*[21] en 1933, que ejerció una notable influencia. Define la conversión como:

> la reorientación del alma de una persona, su volverse deliberado de la indiferencia o de una anterior forma de piedad a otra, un volverse que implica un gran cambio con la convicción de que lo anterior era malo y lo nuevo es lo correcto. Esto lo conocemos bien en la historia del cristianismo moderno[22].

[20] Cf. nota 12.

[21] Arthur D. Nock, *Conversion. The Old and the New in Religion from Alexander the Great to Augustine of Hippo* (Oxford: Clarendon Press, 1933).

[22] Nock, *Conversion*, 7. Presenta varios casos de conversión en la historia, tarea en la que sobresalió la filosofía. El año 1902 había publicado W. James su famoso

Presenta varios casos de conversión en la historia, destacando los provocados por la filosofía. El cristianismo conllevaba la conversión, y esto lo diferencia de los cultos que solo exigen una adhesión cívica. Pero, a la sola luz de la experiencia psicológica, no se puede explicar la expansión del cristianismo de los orígenes, que fue un fenómeno social.

Ramsay MacMullen es un reputado historiador que ha trabajado sobre la aparición de fenómenos religiosos y similares en el Imperio romano. En línea tradicional considera que el cristianismo se proponía a través de la predicación a muchedumbres. Los exorcismos y los milagros es lo que llevaba a la conversión:

> son los que hacían visible físicamente (o dramáticamente) la superioridad del poder del patrón de los cristianos sobre todos los demás. Uno y solo uno es Dios. El resto eran *daimones* y, como tales, familiares a la audiencia como repugnantes poderes inferiores que nadie querría adorar de ninguna manera[23].

Larry Hurtado[24] adopta una perspectiva diferente y se pregunta no ya por las razones de la extensión, sino por qué alguien se hacía cristiano en los tres primeros siglos teniendo en cuenta los numerosos inconvenientes que suponía tanto con el judaísmo como con el Imperio. Por eso tuvo tanta importancia el problema de los *lapsi* (convertidos que, ante el cúmulo de dificultades, abandonaban la fe). Hurtado recurre a la experiencia de Pablo reflejada en Flp 3,7-10 y Gal 2,19-20: el encuentro con Cristo le compensa la renuncia a todas las ventajas que tenía en su estado anterior en el judaísmo («lo que era para mí una ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo»). Hurtado dice que hay que considerar también elementos doctrinales del cristianismo que causaban un gran impacto en su

libro *Variedades de la experiencia religiosa* (Madrid: Trotta, 2017), que ejerció gran influencia en los estudios psicológicos de la religión.

[23] Ramsay MacMullen, *Christianizing the Roman Empire A.D. 100-400* (New Haven-Londres: Yale University Press, 1984), 28.

[24] Larry Hurtado, *Why on earth did anyone become a Christian in the first three centuries?* (Milwaukee: Marquette University Press, 2016).

tiempo y expone brevemente dos: Dios amor y la vida eterna. Subraya también que la aceptación de estas creencias tenía un impacto afectivo e interpersonal entre los creyentes.

Reidar Hvalvik[25] hace una síntesis muy útil en el artículo conclusivo de una obra dedicada a la misión del cristianismo de los orígenes. Constata que tras las dos primeras generaciones desaparecen los misioneros dedicados exclusivamente a esta tarea y cita a Harnack: «La Iglesia misionaba con su propia existencia, con sus bienes y con su organización, y mucho menos con misioneros profesionales»[26]. Los tres elementos clave de la expansión fueron *los milagros, los exorcismos y, sobre todo, la forma de vida* de los cristianos. Es lo que llama *Propaganda der Tat (Propaganda de las obras).* Desarrolla un poco este tercer elemento, citando textos del *Apologético* de Tertuliano. Especial interés tiene la referencia al emperador Juliano, «el Apóstata» (361-363), que en su intento de revitalizar la religión grecorromana tradicional pone como ejemplo el comportamiento de los cristianos y destaca «su benevolencia con los extranjeros, su cuidado con las tumbas de los difuntos y la pretendida santidad de su vida, que es lo que más ha hecho para que crezca el número de los ateos». Y continúa: «Creo que nosotros debemos realmente practicar cada una de estas virtudes»[27].

El planteamiento de J. B. Rives se sitúa en la tercera y la cuarta generación[28]. En la opinión de este autor, el cristianismo supuso un sistema ideológico propio y coherente, lo que fue decisivo para su expansión. Distingue tres elementos: 1) Exclusividad: viene del judaísmo,

[25] Reidar Hvalvik, «In Word and Deed: The Expansion of the Church in the pre-Constantinian Era», en *The Mission of the Early Church to Jews and Gentiles*, ed. por Jostein Ådna y Hans Kvalbein (Tubinga: Mohr Siebeck, 2000), 265-288.

[26] Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums*, 557.

[27] El texto se encuentra en una carta muy conocida de Juliano, y lo tomo del artículo de Reidar Hvalvik, 285.

[28] James B. Rives, «Christian Expansion and Christian Ideology», en *The Spread of Christianity in the First Four Centuries. Essays in Explanation*, ed. por William V. Harris (Leiden: Brill, 2005), 15-42.

pero implica ver a los cultos paganos como culto a los demonios. Es una visión dualista que ve el paganismo como un todo que debe combatirse. 2) Homogeneidad: en los grupos de seguidores de Jesús hay discrepancias muy fuertes, pero buscan la unidad. La unidad está relacionada con la homogeneidad. El que adorar a una divinidad implique una doctrina es una novedad en el mundo romano. 3) Totalización: la base está en la visión dualista que integra muchos elementos. La aparición de este sistema ideológico equivale a lo que nosotros hemos llamado el cristianismo protoortodoxo. Rives afirma que una ideología cristiana distintiva, compatible con un pluralismo interno, solo pudo consolidarse con la ayuda del emperador[29].

Habría que añadir una línea difícil, pero prometedora: el estudio de la extensión del cristianismo en sus expresiones populares. Paulo Nogueira ha estudiado el cristianismo como religión popular[30]. En

[29] Son muy numerosos los autores que han escrito sobre estos temas. Cito a tres que con obras diferentes y valiosas pretenden dar interpretaciones globales de la extensión del cristianismo de los orígenes. Udo Schnelle, *The First One Hundred Years of Christianity: An Introduction to Its History, Literature, and Development* (Grand Rapids: Baker Academic, 2020): una obra voluminosa, que presenta al final (pp. 560-564) una síntesis de «quince razones del éxito del primer cristianismo». Las presento resumidamente: 1, 2 y 3: el contexto del Imperio romano, el griego como lengua franca y el judaísmo helenista; 4: la debilidad de las religiones existentes; 5: el monoteísmo y la figura de Jesús; 6: el exclusivismo y la necesidad de conversión (no simple adhesión); 7: capacidad de conectar tanto con la tradición judía como con la grecorromana. Papel de Pablo. Elaboración de un sistema cultural; 8: creación de una red social (cartas, viajes, colaboradores, material de apoyo, hospitalidad); 9: participación en congregaciones locales y en Iglesia universal; 10: apertura a todo tipo de gente (sin distinción ni de género, ni de etnia, ni de procedencia social); 11: fuertes vínculos internos, pero con apertura a la sociedad; 12: movimiento creativo culturalmente con una utopía que revierte el sentido de la historia; 13: Jesús no escribió nada, lo que facilitó la pluralidad de tradiciones; 14: la pluralidad de tradiciones resultó decisiva para que el movimiento perdurase; 15: fue un movimiento democrático. Todos hijos de Dios. Valores nuevos que se podían adaptar a diversas culturas. El miedo sustituido por el amor de Dios y la fe en la resurrección.

Una obra amplia, en dos tomos: Eckhard J. Schnabel, *Early Christian Mission* (Downers Grove: InterVarsity Press, 2004). Un pequeño libro, pero muy sugerente: Ch. Markschies, *Por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo* (Salamanca: Sígueme, 2009), esp. 60-74.

[30] Paulo Nogueira, *El cristianismo primitivo como religión popular* (Salamanca: Sígueme, 2019).

este libro Sergio Rosell se fija en la importancia de las imágenes en la religiosidad popular y, con esta luz, interpreta textos del Nuevo Testamento, mientras que Carmen Bernabé sitúa los exorcismos, tan importantes en la expansión del cristianismo, en el mundo de los espíritus de la religiosidad popular.

4. La fuerza de la expansión en los orígenes del cristianismo

Como ya se dice en el prólogo, este libro no pretende dar una visión completa de la expansión del cristianismo de los orígenes. Lo que se pretende es presentar aspectos poco o nada atendidos, o avalar perspectivas con nuevas aportaciones exegéticas. Pero, a modo de recordatorio, nos permitimos una rápida mención a datos conocidos y que están presupuestos en los trabajos de este libro. Después realizaremos unas reflexiones más personales para concluir el capítulo.

Hay dos grandes factores históricos que hicieron posible la expansión del cristianismo de los orígenes. El primero es el Imperio romano: una gran red social y las condiciones que crea; movilidad social; el griego como lengua común; se acogen las religiones de los pueblos conquistados; no destruye, sino que mantiene y respeta la herencia helenística; la espera de una «edad de oro» (Virgilio); las asociaciones de diverso tipo (gremiales, étnicas, religiosas, funerarias), que facilitaban la creación de redes sociales.

En segundo lugar, el cristianismo nace como una forma del judaísmo plural del tiempo. Especial importancia para la expansión del cristianismo tuvo el judaísmo de la diáspora muy extendido y su inculturación en el Imperio y en el helenismo.

Los grupos cristianos que confluyeron en la protoortodoxia eran muy plurales. Existía pluralidad en la forma de entender su propio judaísmo, pluralidad en la forma de entender su vinculación con Jesús, en la de relacionarse con el Imperio, en las relaciones internas del propio grupo, en cómo entender la relación con la sociedad. Esto posibilitó que hubiese diferentes modalidades de expansión, que se van modificando con el paso del tiempo (pensemos en la diferencia entre las estrategias de la primera y de la segunda genera-

ción), y diversas formas de reaccionar ante las actitudes que encontraban en la sociedad y en las autoridades.

Hemos visto que los grupos cristianos, en general, poseían una notable capacidad de integrar las diferencias y tenían la voluntad de dar a conocer el Evangelio de Jesucristo y de conseguir adeptos a la fe. La pregunta es ¿de dónde procede esta característica? ¿En qué consiste? Anticipo la respuesta: la fuerza expansiva nació del interior del mundo de los seguidores de Jesús[31]. Este punto resulta discutido y es clave en nuestra exposición.

Las religiones paganas en el Imperio no eran proselitistas. Convivían pacíficamente cultos diferentes. En las excavaciones arqueológicas es habitual encontrar las ruinas de templos diversos, unas al lado de otras, que funcionaron al mismo tiempo y seguramente eran frecuentados, al menos parcialmente, por los mismos adoradores. Lo que se requería era cumplir con los cultos de la ciudad para asegurar la «pax deorum», porque, si no, la cólera de los dioses desencadenaría catástrofes y desgracias. El culto imperial, que se originó en el este del Imperio y llegó al oeste de forma atenuada, era también un deber cívico.

El judaísmo de la diáspora tampoco practicaba una actividad misionera[32]. Los hebreos se esforzaban por conseguir la cercanía de paganos, que incluso adoptaban algunos de sus usos y, a veces, se les denominaba prosélitos, pero con un uso inapropiado del término[33]. Por lo que se esforzaban de verdad los judíos era por ganar a otros judíos para la fidelidad a la Ley y sus normas[34].

[31] Ehrman, *Il trionfo del cristianesimo*, 113ss; Martin Goodman, *Mission and Conversion. Proselytizing in the Religious History of the Roman Empire* (Oxford: Clarendon Press, 1994), 106.

[32] Goodman, *Mission and Conversion*, 73-88; Rainer Riesner, «A Pre-Christian Jewish Mission?», en *The Mission of the Early Church to Jews and Gentiles*, ed. por Jostein Ådna y Hans Kvalbein (WUNT 127; Tubinga: Mohr Siebeck, 2000), 211-250.

[33] Goodman, *Mission and Conversion*, 73.

[34] Es el caso de Pablo. Cuando afirma que nadie le superó, en su vida anterior a su vocación, en el celo por el judaísmo (*Ioudaismos*: Gal 1,13-14), no se refiere a que fuese a Damasco para ganar a gentiles para el judaísmo, sino a que lo que pretendía era que los judíos helenistas, que creían en Jesús y daban una interpretación demasiado laxa del judaísmo, se ajustasen a la interpretación más estricta de la que

El afán misionero de los cristianos se basaba en la naturaleza misma de su mensaje o, mejor expresado, en la peculiar naturaleza de la experiencia pascual. Varios autores destacan el papel pionero de Pablo y el contenido del anuncio cristiano. Hablaremos de ello, pero creo que hay un elemento fundamental que no se tiene suficientemente en cuenta en los estudios históricos, que es la peculiar experiencia religiosa que supuso el acontecimiento de Jesús: su muerte, resurrección y la experiencia del Espíritu. Quizá en los estudios de los inicios del cristianismo hay que dar un paso que prácticamente ya se ha dado en los estudios del Jesús histórico. En efecto, en la actualidad muchos estudiosos del Jesús histórico entienden que, para comprender *con rigor histórico* a Jesús, no se puede prescindir de su peculiar experiencia religiosa, al margen de la interpretación que de ella se haga y de toda consideración confesional. De una forma similar, pienso que, para explicar la fuerza expansiva del cristianismo de los orígenes (o de los primeros seguidores de Jesús), hay que recurrir a la excepcional experiencia religiosa que supuso la Pascua. Fue un tiempo privilegiado en el que el trauma de la crucifixión se superó recordando y rememorando la vida de Jesús y, con toda probabilidad, con experiencias espirituales extraordinarias. Diversos grupos de seguidores de Jesús y en lugares diferentes tuvieron profundas experiencias del Espíritu que les transformó personal y comunitariamente. La experiencia pascual supuso una auténtica novedad histórica y tuvo un carácter entusiasta y expansivo; como vivencia era imposible de ocultar. Elemento central de la experiencia pascual es el reencuentro con Jesús de quienes con él habían convivido, con él habían compartido la esperanza en el Reino de Dios y, sobre todo, en él habían puesto toda su esperanza. Señalo tres puntos, que no es posible desarrollar con profundidad en este lugar:

a) El testigo privilegiado es Pablo porque nos transmite su profunda experiencia personal, que podríamos llamar su experiencia pascual, que

él era ardiente defensor. Cf. Carlos Gil, «Ioudaismos and ioudaizô in Paul and the Galatian Controversy: An Examination of Supposed Positions», *JSNT* 44 (2021) 218-239; íd., *Escritos paulinos* (Estella: Verbo Divino, 2024), 96-98. 356-360.

él sitúa al mismo nivel de la que tuvieron los Doce (1 Cor 15,3-8), el encuentro con Jesús resucitado, que cambió radicalmente su vida y su forma de entender la relación con Dios (Gal 1,11-12.15-16; 2,19-20; Flp 3,8-10). Por eso Pablo fue el primero que inició una misión de largo alcance y dio el gran paso de ir a los paganos. Cito a M. Goodman:

> Si Pablo hubiese sido solo el heredero de un concepto judío de misión, no hubiese hablado de forma tan emocionante de su llamada como apóstol de los gentiles. Solo la costumbre nos impide apreciar la extraordinaria ambición del apóstol que, él solo, inventó la idea de una conversión sistemática del mundo, región tras región[35].

La experiencia religiosa profunda tiene una gran capacidad de innovación histórica y es lo que sucedió en el judaísmo con la pionera decisión de Pablo, que nunca dejó de ser judío, que siempre estuvo preocupado por la situación de su pueblo, que siempre se esforzó por mantener la comunión con las autoridades judías de Jerusalén y con los seguidores de Jesús de la ciudad, bien consciente de que las comunidades que iba formando, con la incorporación de paganos, creyentes en Jesús, pero sin pasar por los trámites que se exigían habitualmente a los paganos, suponían forzar la fronteras hasta entonces insuperables del judaísmo.

b) La experiencia de la Pascua supuso la exaltación del crucificado como Mesías, la irrupción del Espíritu y la manifestación del poder de Dios. Quienes la experimentaron sintieron la necesidad de proclamar a Jesucristo, el crucificado-exaltado. Esto lo constató la gente de Jerusalén y lo puede aceptar un historiador y explicarlo.

Lo dicho lleva a poner el origen de la expansión inicial del cristianismo en la experiencia de Jesús que tuvieron quienes creyeron en él. Lo justificamos de forma un tanto esquemática.

Hay una cierta continuidad entre la vinculación prepascual con Jesús (lo que algunos denominan «fe prepascual») y la proclamación de la Resurrección. El llamado «abismo pascual» es una construcción apologética, pero históricamente insostenible.

[35] Goodman, *Mission and Conversion*, 106.

Jesús se dirigió solo al pueblo de Israel, no tenía una visión universalista de su ministerio (aunque sí del plan de Dios). Pero su ministerio de carismático judío heterodoxo tuvo unas características novedosas dentro del judaísmo: la acogida a pecadores y publicanos, su pretendida vinculación con el reino de Dios, el puesto central de los pobres, la «revolución de los valores» (Theissen), la relación con las mujeres, su celibato, la muerte en el patíbulo de la cruz, su final ignominioso que pudo indignar a mucha gente. La vinculación de los discípulos con Jesús era de otra índole, más fuerte que la normal de un discípulo con un maestro del tiempo. La expresión que Jesús utiliza constantemente, reino de Dios, implica una critica antiimperial que frecuentemente pasa inadvertida a los intérpretes actuales.

Quizá es una hipótesis inútil, pero hagámosla: un historiador puede perfectamente plantearse que el cristianismo pudo no haber existido o hubiese podido extinguirse al poco de nacer. Pero las cosas no fueron así y el historiador tiene que explicar lo que ha sucedido. El estudio histórico de Jesús no pretende justificar el cristianismo eclesializado posterior. Pero el cristianismo posterior no sería posible sin la experiencia pascual de Jesús y sin su vida histórica (aquella es inseparable de esta, pero no viceversa para un historiador).

El cristianismo no hubiese nacido sin el ministerio de Jesús y sin la experiencia pascual que desarrolló su ministerio y su obra. No se puede explicar el cristianismo sin la novedad histórica que irrumpió en el judaísmo con el acontecimiento Jesucristo. Es decir, el estudio de la expansión del cristianismo nos lleva a profundizar en el conocimiento de sus orígenes ya desde los inicios. El análisis de una semilla no permite saber cómo va a ser su fruto. Las posibilidades son diversas y está por medio un proceso con numerosos factores contingentes. Pero, una vez que tenemos el fruto, sí podemos preguntarnos de qué forma se remonta a posibilidades de la semilla.

Este planteamiento es crítico con quienes desde la corriente del «New Testament Within Judaism» desvalorizan la importancia de Jesús y de las experiencias pascuales en el origen del cristianismo. El judío Pablo captó profundamente la gran innovación histórica que

Jesús y los acontecimientos pascuales introducían en el judaísmo y que conllevaba la apertura a los gentiles.

Desde un punto de vista histórico, el movimiento que surge en el judaísmo en torno a Jesús tuvo un desarrollo contingente, como todo lo histórico, y podría haber evolucionado de formas muy diferentes. No estoy de acuerdo con Harnack, que, llevado no de un providencialismo teológico, sino de un racionalismo optimista, afirma que en el movimiento cristiano se compaginan tan perfectamente diversos factores que su éxito histórico era inevitable[36]. El estudio histórico de los orígenes no permite decir que desde el principio el éxito histórico del cristianismo en Occidente estaba claro.

c) Es posible que los judeohelenistas, que tuvieron que huir de Jerusalén (Hch 8), tomasen alguna iniciativa de acoger a gentiles (Hch 11,20-21), pero fue Pablo quien emprendió la tarea de extender el Evangelio de Jesucristo a gran escala. Hay que contar con muchos factores, pero el carácter esencialmente difusivo —su dimensión misionera si se prefiere esta terminología— nace del interior de la experiencia cristiana y tenía como centro el anuncio de Jesucristo.

La peculiar estructura de los evangelios como narraciones biográficas pone de manifiesto que la identidad del grupo no se sustentaba en una peculiar interpretación de la Torá, ni en la naturaleza de Dios, sino en la relación con el carismático crucificado y al cual proclamaban exaltado junto a Dios.

Los evangelios son una recuperación de la vida de Jesús realizada tras la Pascua y cuando entre los seguidores de Jesús se han calmado las grandes disputas de la primera generación. La gran decisión de Pablo, la apertura a los paganos, tras muchas discusiones, matizaciones, cesiones y desgarros, se ha impuesto en la corriente mayoritaria de los seguidores de Jesús.

Se escriben los evangelios, las biografías de Jesús, y entre otros elementos, hay uno clave que se proyecta sobre los relatos y es *situar*

[36] Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums*, 527.

en Jesús la justificación de la extensión universal del Evangelio, más allá del pueblo judío. Se ha dicho, con razón y por este motivo y otros, que Pablo es el catalizador[37] de todo el Nuevo Testamento. U. Schnelle afirma:

> Todos los autores del Nuevo Testamento toman postura de forma clara u oculta, polémica o conciliadora respecto a Pablo, cuya posición preeminente como el que configuró el cristianismo primero como un movimiento independiente es confirmada indirectamente[38].

Cada vez está más admitido que el evangelio de Marcos, el primero de los sinópticos y del que dependen de alguna forma los otros dos, lleva un cuño paulino[39]. Marcos asume el anuncio paulino y lo completa introduciendo información sobre la vida de Jesús. En los relatos evangélicos la apertura universal se expresa narrativamente. Se lleva a la vida de Jesús más allá de lo que fue su horizonte histórico, pero esto suponía desarrollar virtualidades históricas que se podían encontrar en la vida peculiar de Jesús.

Acabo con un breve apunte de cómo la expansión del Evangelio, más allá del pueblo judío, se ha introducido en los relatos evangélicos.

En el evangelio de Marcos hay toda una sección que se caracteriza por el ir y venir de una orilla a la otra de Jesús y sus discípulos. Tiene mucho de enseñanza para la misión. «Pasemos a la otra orilla» (4,35) es un mandato de ir a la Decápolis, a tierra pagana, en un viaje difícil y que llena de miedo a los discípulos. Jesús ordena al

[37] Debo esta idea y esta expresión a mi compañero Carlos Gil, gran conocedor de Pablo y de su pensamiento, que está elaborando esta perspectiva con todo rigor exegético e histórico.

[38] Udo Schnelle, *The First One Hundred Years of Christianity: An Introduction to Its History, Literature, and Development* (Grand Rapids: Baker Academic, 2020), 789.

[39] Sobre la dependencia de Marcos de la teología paulina, cf. Carlos Gil, «El centurión del Evangelio de Marcos: testimonio del evangelio de Pablo», *Cauriensia* XVII (2022) 739-760, y del mismo autor «Otros Doce. Los personajes secundarios como creyentes paulinos en el Evangelio de Marcos», *EstEcl* 96 (2021) 534-539. En ambos artículos hay una extensa bibliografía sobre este tema.

geraseno curado que permanezca en la Decápolis pagana y anuncie allí todo lo que el Señor ha hecho con él (5,19). Poco después, en el capítulo 7, Jesús declara abolidas las normas que impedían a los judíos compartir la mesa con los paganos («declaraba puros todos los alimentos», 7,19). Jesús no es el hijo de David, la esperanza de los judíos (12,35-37). Es el Mesías como Hijo de Dios. Copistas posteriores quisieron dejar bien claro que el anuncio de Jesucristo había que extenderlo universalmente y añadieron el final de 16,9-20.

El evangelio de Mateo acaba con la proclama del Resucitado de que «hagan discípulos a todos los pueblos». Es una proclama de extensión universal y centrada en Jesucristo. Se ha acabado el tiempo en que la predicación del Evangelio se limitaba a Israel y no se iba a los gentiles (10,5; 15,24).

La extensión universal del Evangelio es eje decisivo de la obra lucana, Evangelio y Hechos, y se expresa programáticamente en el mandato final del Resucitado «predicar el perdón de los pecados a todas las naciones» (Lc 24,47). En los Hechos se nos presenta ya un cristianismo en plena expansión por el Imperio romano «hasta los confines de la tierra» (1,8).

Bibliografía selecta

Ehrman, Bart D. *Il trionfo del cristianesimo. Come una religione proibita ha conquistato il mondo.* Roma: Carocci, 2024.

Gibbon, Edward. *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano.* Girona: Atalanta, 2011-2012 (capítulos XV y XVI).

Schnelle, Udo. *The First One Hundred Years of Christianity: An introduction to Its History, Literature and Development.* Grand Rapids: Baker Academic, 2020.

Stark, Rodney. *La expansión del cristianismo.* Madrid: Trotta, 2025.

Trevijano, Ramón. «Factores, oportunidades e incentivos para la misión en la Iglesia prenicena». *Salmanticensis* 47 (2000) 393-432.